

PLAZA DE MULAS, EL LUGAR IDEAL

El primer trabajo en estas circunstancias, naturalmente, es levantar las carpas, trabajo para el cual necesitábamos ponernos de acuerdo con Link, respecto a la ubicación de cada una de éstas. Pero Link no pudo atendernos en seguida, pues tenía que hacer algo más urgente. Se dirigía hacia un extremo de la plataforma, y cuando llegó al lugar más elevado de una cuchilla, recién nos dimos cuenta de que en ese mismo lugar había un mástil metálico. Entonces se quitó la mochila del hombro y sacó de ella una bandera argentina de gran tamaño, que ya tenía preparada, y la izó. Nosotros, primero intrigados por sus movimientos misteriosos, después contagiados por el fervor de Link y, finalmente, emocionados por el armonioso flamear del pabellón, nos quedamos inmóviles, con la cara vuelta hacia el mástil y las cabezas descubiertas, rindiendo así homenaje espontáneo, en medio de este paisaje árido: los argentinos, a la tierra que los vio nacer, y los extranjeros, al suelo que les brindaba su hospitalidad magnánima.

Procedimos luego a desempaquetar los bultos que contenían las carpas, bolsas de dormir y otros objetos de primera necesidad. Pero antes de armar las carpas era necesario efectuar una limpieza completa, porque parecía que las expediciones anteriores no se habían preocupado mucho de la higiene del campamento. Es que todas las expediciones se encontraban en Plaza de Mulas de paso, como en una esta-

ción por la cual es necesario pasar para llegar a la cumbre, por más desagradable que sea. Las expediciones de Link, en cambio, eran siempre exitosas precisamente porque él no consideraba este lugar como un mal necesario, sino como un paraje ideal para la aclimatación física y moral, tan necesarias para la ascensión a mayores alturas. Pero esto suponía una agradable estada de varios días, con comodidades que, si jamás podrán igualarse a las de un hotel de ciudad, podrían ser un puente eficaz entre las comodidades a las que estamos acostumbrados y la absoluta falta de éstas, durante las ascensiones andinas. Y algo más. Según la opinión de Link, muy justificada, por cierto, Plaza de Mulas podría convertirse en un lugar veraniego, accesible a todo el mundo, sin necesidad de arriesgar la vida o de someterse al rigor de las dificultades propias de la vida de los andinistas. Con eso se lograría que las bellezas accesibles de los alrededores de Plaza de Mulas se abran para todos aquellos que deseen gozar de ellas, sin ser andinista y sin renunciar a ciertas comodidades, por primitivas que fueran.

Como decía, era necesario limpiar el campamento, o por lo menos los lugares en los que decidimos levantar las carpas. Aquí había un montón de basura, allí desperdicios de comida y más allá latas de conserva o montones de piedra. En la cocina — así se llama un pequeño espacio cerrado entre tres rocas, y que es el único lugar suficientemente abrigado del viento para prender fuego — encontramos los restos de la expedición chilena que dos semanas antes había ascendido al Aconcagua. Los rastros, frescos aún, consistían en una docena de huevos, ya no muy frescos, por supuesto, un budín inglés de atrayente aspecto pero que con el tiempo se había endurecido como una piedra. En una caja de cartón halla-

mos una máquina de afeitar, unas antiparras y otras cosas sin importancia, que Link en seguida puso a la disposición de los arrieros, y que las repartieron entre ellos. Pastén se hizo cargo también de los huevos y, antes de que nosotros nos diéramos cuenta ya tenía fuego en la cocina, ya hervía el agua en una caldera y estaba poniendo en ella los huevos. Nos sorprendió que, al colocar a éstos en el agua, sumergía los dedos y a veces casi toda la mano en el líquido hirviente.

— ¿No se le quema la mano, don Pastén?—preguntamos,

— Ni a mí ni a usted tampoco. Pruébelo.

Un poco incrédulo, puse la punta de un dedo en el agua y la retiré en seguida esperando el efecto de la quemadura, efecto que no llegué a sentir. Entonces, ya con más coraje, sumergí dos dedos en el líquido por un momento y, si bien estaba caliente, no daba la sensación que uno esperaría al ver las burbujas y el movimiento característico del agua hirviente. Algo de eso ya habíamos estudiado en física y otro tanto nos enseñó la experiencia durante otros escalamientos, pero hay cosas que tienen la virtud de sorprender cada vez que uno se encuentra de improviso con ellas. En esta altura, pues, el agua hierve a los 75° y más arriba ya, a 68°.

Primeramente limpiamos el terreno para cuatro carpas: una, la de Link, destinada para el jefe y su esposa. Era una carpa histórica, y una inscripción en ella daba cuenta de sus andanzas. Decía así: “Plaza de Mulas, 1936, 1938, 1940, 1942”. Representaba toda una historia, lacónica por cierto,

de las ascensiones al Aconcagua efectuadas por Link. Otra pequeña y bien confeccionada, perteneciente a los esposos Grimm-Tiraboschi, estaba destinada a este viaje de bodas de la pareja recién casada. La carpa mía, amplia y desmontable, la levantamos para “dormitorio de solteros”, que por el momento, éramos el profesor Schiller, Zechner y yo. La cuarta carpa, la de Zechner, se instaló frente a la cocina para que sirviera de comedor.

Trabajamos rápido para entrar en calor y para tener los refugios hechos, y cuando terminamos, entré en la cocina y me sorprendió ver a Pastén sacando los huevos del agua. Pero en seguida, recordé que la media hora que pasó desde que los había puesto a cocinar, es efectivamente necesaria —en vez de 3 ó 4 minutos — para obtener unos huevos “pasados por agua”, como consecuencia de la baja temperatura a la cual el agua hierve. Por eso, un consejo para los expedicionarios que aprendieron a cocinar del libro de Doña Petrona: que se olviden de los minutos indicados como necesarios en la cocina, o que los multipliquen por diez.

Comimos algunas cosas que teníamos a mano y nos acostamos, porque la noche había caído entretanto y estábamos cansados. Aquí sí que teníamos necesidad de las bolsas de dormir, más que en los lugares donde .habíamos acampado las noches anteriores. Nos quitamos tan sólo los zapatos, y, con la ropa, como estábamos vestidos, nos metimos en la bolsa hasta el cuello, lo que resultó un trabajo fatigoso, pues en esta altura la falta de oxígeno en el aire dificulta la respiración, y si a esto se agrega la baja presión atmosférica, se puede comprender lo difícil que resulta el moverse o caminar. Ninguno de nosotros sintió malestar ese primer día, y

era porque, al ir caminando hacia ese lugar durante tres días, nos íbamos aclimatando poco a poco a las inconveniencias de la creciente altura. En cambio, si el tramo se hace a lomo de mula y en el día, es muy frecuente un absoluto malestar físico acompañado por abatimiento moral.

Finalmente, cuando me encontraba en la carpa, envuelto en mi bolsa de dormir, en que ya se había formado una agradable atmósfera que conservaba el calor del cuerpo, dediqué un pensamiento agradecido al ignorado inventor de ese artefacto que era la bolsa, y que en ciertas circunstancias puede tener más mérito que, por ejemplo, el inventor de la locomotora. Entre esas circunstancias cuento ésta en la que nos encontrábamos.

La mañana, como todas hasta entonces, amaneció con un sol espléndido. Parecía, a primera vista, una rara coincidencia, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que era casi una regla fija: por la mañana sol, por la tarde, a eso de las cuatro o cinco, nubes, viento, nieve; pero también llegamos a conocer las razones del fenómeno. El sol de la mañana causa intensa evaporación de los glaciares y de los campos, cubiertos de nieve, y todo ese vapor va acumulándose durante el día en la atmósfera; por la tarde, cuando las nubes se encuentran saturadas, caen en forma de nieve. Como, en realidad, no es mucha la cantidad de vapor acumulado, la nevada cesa dos o tres horas después, agotando el contenido de las nubes. Entretanto el suelo se ha refrescado y la atmósfera queda seca y cristalina, lista para dejar pasar todos los rayos solares que pidan tránsito hacia la tierra, para repetir lo que ha pasado el día anterior.

Todo esto es, naturalmente, sólo un bosquejo muy generalizado, pues muchas veces pasa todo el día sin que aparezca nube alguna sobre el firmamento, y otras veces, mucho más a menudo, se suceden varios días de nevada o de tormenta, cansadas por las nubes traídas por los vientos del Pacífico.

Algunos de los compañeros se sentían mal ese día, y el malestar se prolongó los dos o tres días y subsiguientes. Se veían entonces en el campamento caras hinchadas y malhumoradas, ojos pequeños, apenas visibles. Para almorzar faltaban varias personas y, si uno les llevaba comida a la carpa donde se quedaban acostados todo el día, lo echaban como al peor enemigo.

El profesor Schiller era el campeón del sueño. A cualquier hora y en cualquier lugar, ya sea en la carpa, en la cocina o simplemente tirado en el suelo del campamento, era capaz de dormir con el sueño más dulce del mundo. Otros, en cambio, se desesperaban por no poder dormir. De día uno todavía aguanta la falta de oxígeno. Pero de noche, metidos en la bolsa de dormir, con la carpa cerrada, y acostados todavía, a veces pasan muchas horas hasta que se consigue conciliar el sueño. La respiración es siempre profunda y dificultosa. Mas de pronto se oye a alguno de los compañeros respirar tan penosamente como si estuviera sofocándose, produciendo sonidos parecidos al jadear de una locomotora. Yo mismo más de una vez sentí que me faltaba aire y me parecía que el *pull-over* de cuello alto, que tenía puesto, me estaba sofocando. En una de éstas agarré el cuello del *pull-over* y lo rompí con la violencia desesperada del que está a un paso de ser ahogado.

Felizmente, este estado es propio sólo de los primeros días. Después uno se aclimata y se siente como en su casa.

Pero los que se sienten bien, ya desde la primera mañana pueden admirar el hermoso panorama que desde allí se extiende en todas direcciones. Hacia el sur se encuentra la hermosa vista del valle Horcones con los cerros Sin Nombre, Los Dedos y Bonete. Hacia el oeste el cerro Catedral y frente a él, a unos 200 metros del campamento, una franja blanca con mil picos, que, según nos decían, era el glaciar Horcones, y que atrae poderosamente la atención del que por primera vez visita el lugar. Mirando al norte se ve el cerro Cuerno, con su forma cónica y en su mayor parte cubierto de una capa de nieve y de hielo, cuyo grosor hemos estimado en treinta o cuarenta metros, en ciertos lugares. De los picos adyacentes a Plaza de Mulas, el Cuerno es seguramente el más vistoso y el más atrayente, aunque no el más codiciado por los andinistas. Este título le pertenece al mismo Aconcagua, que se levanta hacia el este desde unos cincuenta metros del campamento en forma casi vertical. Se ha discutido entre los conocedores de la región, si se veía desde allí la cumbre máxima, o no. Link decía que era imposible verla y que todo lo que se veía eran promontorios más bajos que la cumbre misma. El profesor Schiller era de opinión que la cima debía verse desde Plaza de Mulas, pero no se animaba a asegurar cuál de las rocas visibles era la verdadera cumbre. Pastén, en cambio, levantó el índice hacia una roca y dijo: “Esa es la cumbre”. Y lo que dijo Pastén resultó ser cierto. Es admirable la intuición de esa gente que pasa la vida en la montaña.

Pero, si uno es muy trabajador, le queda poco tiempo para contemplar el paisaje. ¡Hay tanto que hacer en un campamento!

mento! Y no nos olvidemos de que Link quería “urbanizar” Plaza de Mulas y había que ayudarlo en su propósito. Existían problemas de primera necesidad, y, aparte de ellos, no se podía desatender la estética y el *confort*, en la medida en que es posible tenerlos. Una vez, hablando de lo magnífico que era el lugar, Link dijo:

— Aquí pondría yo un hotel.

Y esto no era una simple frase para él. Eran unas pocas palabras pero que encerraban todos los sueños de su vida: tener un hotelito al pie del Aconcagua y servir de guía a los que lo quieran escalar.

Pero para eso faltaba mucho todavía. Por de pronto estábamos ocupados con problemas más simples y más inmediatos. Una de las necesidades más urgentes era el agua. A pocos pasos del campamento pasa un arroyo que casi nunca se seca, pero, en cambio, tiene la mala costumbre de congelarse. La capa de hielo es a veces tan gruesa que llega hasta la tierra y el agua corre apenas como un hilo finito. Otras veces, cuando el agua corre libremente, arrastra consigo arena y se tiñe de rojo. Para remediar esto, excavamos tres pozos de unos 60 centímetros de profundidad en el mismo lecho del arroyo. Así el agua se estancaba en los pozos y la tierra se sentaba al fondo quedando el agua limpia. Cuando la superficie de los pozos se congelaba, al romper el hielo siempre encontrábamos un “depósito” con el contenido suficiente para llenar varias calderas.

Frente a los tres pozos colocamos tres carteles con las

siguientes inscripciones: “Agua para beber”, “Agua para mulas” y “Agua para lavar”. En cuanto a “beber” y a “lavar”, todo iba bien, pero, no sé por qué, las mulas se equivocaban muy a menudo.

Eso de los carteles es un adorno y un medio de orientación a la vez. Pero más que nada fue el amor de Link hacia el orden, el móvil que le hizo colocar estos carteles y muchos más en el mismo campamento y en sus cercanías, indicando los nombres de los cerros que se veían desde allí, y en todo el trayecto desde Puente del Inca hasta el campamento más alto, con los nombres de los lugares.

Como ya dije, el campamento estaba en muy mal estado en cuanto a la limpieza. Emprendimos el trabajo de limpiarlo y de llevar la basura en un tacho grande a un lugar definido fuera del campamento. Pero este último trabajo, como también la tarea de recoger los residuos alrededor de la cocina, el profesor Schiller se lo acaparaba con tal insistencia, que no nos dejaba ni siquiera ayudarle.

— Pido — decía con su jovialidad acostumbrada — que se me nombre basurero oficial del campamento.

La única forma de salvar una situación quisquillosa creada por una broma — pensaba yo — era hacer otra broma. Así lo hice:

— Propongo que se nombre a “papá Schiller” basurero...
honoris causa.

La propuesta fue aceptada por unanimidad.

Entretanto Zechner y Grimm emprendieron el mejoramiento de la cocina, elevando la construcción de las paredes que la rodeaban, hasta la altura de dos metros. Ellos hacían de constructores y todos los demás, incluso las señoras, de peones. Desde unos treinta metros de distancia llevábamos las piedras en las manos o cargándolas al hombro, como en las épocas de los faraones, cuando se construyeron las pirámides.

El profesor Schiller y yo completamos el “marco” del campamento, con una hilera de piedras que circundaba a éste y las sendas hacia la entrada, el mástil, el arroyo y el baño, mientras que Link construyó dos montones de piedra a la entrada del campamento, donde colocó una inscripción de bienvenida. Cuando el trabajo estuvo hecho, me dijo:

— Usted, Sekelj, que es paisajista, ¿qué le parece si blanqueamos toda esta hilera de piedras?

Me parecía mucha la energía que se iba a perder en ese trabajo, y se lo dije a Link. Y además — dije — ¿de dónde sacamos la cal y la brocha? Pero él ya tenía todo preparado, y a mí no me quedó otro remedio que cumplir la tarea. Tenía Link una manera excelente para suscitar la iniciativa de los compañeros. Lo hacía sin dar órdenes, más bien buscando el lado flaco y las inclinaciones de cada uno. Así encontró al “paisajista” para blanquear las piedras.

Cerca del campamento Grimm excavó un hoyo de dos

metros de profundidad para los residuos, lo que le costó medio día de trabajo fuerte. Con esto se solucionó otro problema estético y de higiene.

Sobre una colina cercana estaba instalada la “Cruz cristiana de paz”, llevada allí por la expedición del Club Andino “Cóndores de los Andes” en el año 1942: la cruz estaba rota en su extremo inferior y le faltaba una parte. Entre Link y yo la bajamos y restauramos la parte que le faltaba. Luego la subimos y volvimos a instalar en su antiguo puesto. Mientras en esto estábamos ocupados, Zechner y Grimm construyeron un caminito que conducía, en serpentina, hasta la cruz.

En cuanto a comestibles, ninguna expedición anterior ha tenido un surtido tan grande y tan variado como la nuestra. Dos jamones enteros, salames y salamines, distintas clases de salchichas y de carne colgaban de la pared de nuestra “despensa”, que era la entrada a la cocina. Todas las clases de conservas que puedan imaginarse, se podían encontrar en la estantería improvisada de dos cajones: legumbres, frutas, aceitunas, jugo de tomates y, luego, tarros de leche condensada, de nescafé, de harina, de legumbres y de huevo. Bajo la estantería, un lugar bastante amplio estaba reservado para un sinnúmero de botellas que contenían whisky, hesperidina, vino, caña, cerveza y no sé cuántas cosas más que yo no tuve la oportunidad de conocer. Todo esto — claro está — para calentarnos en los días de intenso frío. En la carpa-comedor había cajones de fruta fresca, bolsas que contenían cebollas, papas y otras legumbres, y muchas cajas de galletas, galletitas y pan. Esto no es un inventario completo de nuestra despensa, sino simplemente una enumeración de las cosas que me acuden a la memoria en este momento.

Al principio Zechner hacía de jefe de cocina, y desempeñaba muy bien su papel. Luego, cuando la señora de Link se repuso de los malestares de los primeros días, se hizo cargo de la cocina y nos alimentó con verdadera maestría. Naturalmente, nunca faltaban ayudantes alrededor de ella, y alguno que otro tenía sus especialidades en materia de cocina, que quería probar a costa de los compañeros. Así Zechner preparaba la carne en distintas formas, yo los *omelettes* y panqueques, mientras que Lita se especializaba en cortar cebolla. Lo que las señoras se monopolizaron por completo fue el lavar los platos, trabajo que los caballeros no se apresuraban a quitarles.

Por la mañana solíamos tomar mate, chocolate o café con leche, según lo que se le ocurría al que se levantaba primero. Digo “por la mañana”, aunque casi siempre ya eran las once cuando llegábamos a desayunar, porque nos levantábamos en el instante en que los primeros rayos de sol iluminaban la carpa, lo que ocurría exactamente a las diez de la mañana. El sol tardaba tanto porque se asomaba precisamente detrás del Aconcagua, que se erguía sobre nuestro campamento en forma casi vertical. Antes de llegar el sol al campamento, hacía un frío que nos obligaba a quedarnos en las bolsas de dormir, bien calentitas. Cuando los primeros rayos comenzaban a alumbrar los techos de las carpas, en pocos segundos se calentaban éstos, produciendo un calor inaguantable. Entonces, saltábamos de las bolsas y abandonábamos la carpa apresuradamente. Se le ocurrirá al lector preguntar: y ¿qué hacían en los días de tormenta? Sencillamente, no nos levantábamos esos días. Es decir, a mediodía, más o menos, salíamos, como fantasmas, hacia la cocina a buscar alguna comida o a recorrer otras dependencias del campamento. Y

volvíamos entonces a la carpa cada uno con el botín que había encontrado bajo la gruesa capa de nieve que cubría a veces todo en la despensa.

Un día, Link tuvo que irse a Puente del Inca para encontrarse allí con los dos restantes componentes de la expedición que por distintas causas no estaban aún con nosotros: con el ingeniero Alberto Kneidl y con Mario Bertone, que venía como delegado del Ministerio de Agricultura, respondiendo a la sagaz iniciativa del director de meteorología, ingeniero Alfredo G. Galmarini, para efectuar mediciones y estudios en esa región.

Link no se imponía a nosotros, como jefe, para hacernos trabajar; simplemente nos animaba con su ejemplo personal y con su acierto en la elección del trabajo que podría gustarle a uno u otro de nosotros, como también la forma en que lo proponía. Pero, cuando se fue del campamento, sentimos una reacción contra el trabajo que nos había ocupado todo el tiempo. Teníamos plena conciencia de que justamente a ese trabajo podíamos agradecerle nuestra aclimatación tan rápida a la altura, pero ahora nos sentíamos con ánimo de pasar el tiempo sin hacer nada. Recuerdo que Link me había encomendado pegar la efigie del cóndor en el “libro de visitas” dejado en Plaza de Mulas por R. A. Faltis en 1943, y recuerdo también que hasta hoy no lo he hecho.

Al día siguiente Zechner y yo salimos de paseo hacia el glaciar Horcones, que desde el campamento se veía como

una franja blanca adornada de centenares de picos de torres glaciales llamados “penitentes de hielo”, para diferenciarlos de los penitentes de piedra, que son unas agujas pétreas de similar formación. Llegamos muy pronto al dominio del hielo, pues éste no dista más de unos 200 metros del campamento y es fácilmente accesible. Y en cambio del relativamente pequeño esfuerzo se extendió de repente ante nuestros ojos un paisaje maravilloso de cuento de hadas. Innumerables torres glaciales de un color azulado o verdoso transparente se levantaban a la altura de veinte o treinta metros. Entre ellas hay vallecitos, escalinatas naturales ya veces una superficie llana de hielo, lo que significa que en ese lugar existe una lagunita congelada. El caminar por el glaciar es sumamente difícil, especialmente si uno tiene aspiraciones de escalar las torres o de pasar por los “portezuelos” altos entre dos torres. Para esto se necesita emplear los ramplones, y saber hacer uso adecuado de la piqueta. En cada paso, uno sí arriesga a resbalar y a deslizarse hacia el fondo del glaciar al pisar una aguja de hielo, ésta puede romperse y ocasionar una caída de dos o tres metros, y a veces, uno se encuentra en un lugar alto, sin saber cómo ha llegado allí, y no encuentra posibilidad de seguir camino adelante ni de retroceder. Entonces es necesario amarrarse bien con los ramplones y labrar unos escalones con la piqueta, cavando agujeros sucesivos para colocar en ellos los pies y proseguir así el escalamiento, De pronto le sorprenderá al andinista un ruido que le hará recordar el que produce el correr de un arroyo, afinado a una octava más bajo que un arroyo común. El ruido es atrayente y el visitante curioso tratará de acercarse a su fuente. Y llegará a un lugar donde el murmullo se oye más fuerte, a pesar de lo cual no es posible ver ni una gota de agua. Está el andinista entonces en presencia de un arroyo subglaciar, que recorre

en todo su largo la enorme masa de hielo, juntando en su lecho frío el agua producida por los deshielos y que durante los días de sol chorrea abundantemente hacia el fondo del glaciar, para formar, a la salida, uno de los arroyos contribuyentes del río Horcones.

Al internarse en el glaciar, uno se olvida del “mundo de la tierra” y vive en un mundo irreal, donde no podría sorprender mucho la aparición de un enano de larga barba y con un farolito en la mano, o si de pronto se viera bajar desde una torre de hielo a un hada con una estrella brillante en la punta de la varita mágica. Y apenas se le ocurren estas cosas a uno, ya le llama la atención un agujero negro que se asoma detrás de un bloque de hielo. Se acerca, y el agujero crece hasta convertirse en las fauces de una gruta glacial. Entra, y ¿por qué no entraría, ya que se le presenta esta rara oportunidad de transportarse a la sublime poesía de los cuentos de hadas? Una luz suave y azulada es la que se filtra entre las estalactitas heladas que forman columnas enteras como troncos de árboles de una sutil transparencia. Las paredes parecen emanar luz y, cuando con ellas choca un rayo luminoso forma estrellitas que suscitan la imaginación predispuesta a alejarse de la realidad. Algunas de estas grutas terminan a pocos pasos, mientras que otras son muy profundas, y en éstas no es aconsejable entrar muy lejos sin haber atado un extremo de un ovillo de hilo rojo a la entrada y desovillándolo a medida que se va avanzando, equipado con una buena linterna de mano. Entonces sí, se ven las maravillas de las que se olvidó la bella Scheherazada en los cuentos de *Las mil y una Noches*.

Al salir, es necesario volver a colocarse las antiparras negras, que son imprescindibles, pues el brillo del hielo, espe-

cialmente en los días de sol, es enceguedor. Así y todo, la caminata por esos lugares no es sin peligros. Muchas veces una grieta de varios metros de profundidad se abre ante el caminante, y si lo toma de improviso, ofrece serio peligro de tragarlo para siempre. Por eso no está demás cualquier precaución que se pueda tomar. Es necesario que estas excursiones las hagan siempre varias personas juntas y se recomienda que se aten por medio de una cuerda por las cinturas, dejando siempre entre uno y otro dos o tres metros de soga para tener cierta libertad de movimiento.

Subiendo un poco más arriba por el glaciar, pueden observarse varios ejemplares de las llamadas “mesas de hielo” u “hongos”, que consisten en una torre de hielo, cuya altura llega a veces hasta 4 metros, coronada por una piedra a modo de sombrero, formando así verdaderos hongos gigantes. Es interesante la historia de la formación de estos hongos. Durante el invierno cae en esta región mucha nieve, y a veces alcanza la altura de cuatro, cinco y más metros. Luego, por efecto del viento, se desprenden aludes de piedra que traen desde las laderas adyacentes verdaderas rocas, estacionándose éstas sobre algún lugar del campo cubierto de nieve. Cuando llega la primavera, los rayos solares comienzan a derretir la nieve en todas partes donde la alcanzan. Porque, como decía, muchas piedras y rocas enteras quedaron sobre ésta, y allí hacen sombra, le obstruyen el camino a los dientes del sol. Y mientras que en redor va decreciendo la altura de la nieve, hasta llegar a desaparecer por completo, en los lugares abrigados por el “sombrero” pétreo queda intacta la masa nívea, formando una columna que sigue sosteniendo, en lo alto, la piedra “protectora”. De estos hongos hay muchos en el glaciar Horcones y en sus alrededores, los hay de distintos

tamaños y acusan las formas más curiosas.

Desde Puente del Inca es posible llegar a Plaza de Mulas después de cabalgar ocho horas; esto lo puede hacer cualquier persona, sin ser andinista. Creo que vale la pena llegar a este campamento, si no por otra cosa, para conocer el glaciar Horcones y gozar de sus bellezas virginales. Una tarde pasada allí, compensa todo el esfuerzo que, en realidad, no es grande.

Un sábado por la tarde llegaron visitas al campamento. Eran amigos nuestros que nos habían prometido esta visita ya en Puente del Inca: El padre Pedro Gil Carrel, el doctor Antinucci y su esposa. El repentino cambio de altura y la agotadora cabalgata de ocho horas, había puesto “fuera de combate” a nuestros visitantes; después de haber estado un rato con nosotros y comido apenas, se retiraron a las carpas para dormir. El padre Gil, que tenía su lugar en nuestra carpa, al lado mío, durmió bastante bien la segunda parte de la noche. El matrimonio Antinucci, en cambio, con domicilio provisorio en la carpa de los esposos Link, pasó toda la noche insomne, con dolores de cabeza, dificultades en la respiración y otros síntomas de la puna. Ni siquiera las cinco aspirinas que se tomaron entre los dos, pudieron calmarlos. A mi juicio, en los malestares de los matrimonios influye bastante el hecho de tener bolsa de dormir común para los dos, y tal era la bolsa que se les había proporcionado a ellos. En estas alturas, como la respiración difícil es la que más afecta el organismo, el cuerpo tiende a extenderse, a librarse de toda atadura y de todo contacto que pudiera limitar sus movimientos, Y éste no es precisamente el medio más eficaz para conciliar el sueño, que es tan avaro con los que por primera

vez pasan la noche en Plaza de Mulas. He notado que el malestar de uno de los cónyuges que duermen en una sola bolsa de dormir — aunque tenga la doble amplitud de las comunes — pasa siempre al otro. Por eso nunca aconsejaría esta clase de “camas” matrimoniales, que si bien parecen muy románticas, no son prácticas desde ningún punto de vista.

Al otro día, naturalmente, se levantaron más cansados que el día anterior. El doctor Antinucci, a pesar de todo, no quiso perderse la visita al glaciar Horcones. Se fue solo y volvió de allí muy satisfecho. En cuanto a su esposa, no acababa de alabar a las otras dos señoras por su persistencia en ese lugar donde uno no puede siquiera respirar como quiere.

— Ustedes vuelven con nosotros, ¿verdad? — dijo a las señoras de Link y de Grimm en un momento dado, convencida de que éstas aprovecharían la primera posibilidad de volver que se les ofreciera. Y se sorprendió al recibir una negativa acompañada de una sonrisa benévola.

Es de comprender este estado en nuestra simpática visitante, pues ella, de repente, aparte de las dificultades atmosféricas, tuvo que privarse de todas las comodidades de los hoteles a que estaba habituada. Pero el error está en que nuestros visitantes habían venido para pasar allí un solo día o, casi, para una sola noche, puesto que a mediodía ya decidieron volver. A Plaza de Mulas, en cambio, no hay que ir por menos de una semana, porque la aclimatación inicial dura generalmente 2 ó 3 días y, luego, otros 3 ó 4 son necesarios para conocer los alrededores y para gozar de la estada.

En cuanto al padre Gil, él se preparaba para decir la misa — era el domingo por la mañana — la misa celebrada hasta ahora en el lugar más alto de la República. Afirmo esto, porque, a pesar de que el padre Kastelic había celebrado una misa en Plaza de Mulas, en el año 1940, él lo hizo frente a la entrada del campamento mientras que la actual fue celebrada sobre la colina en la cual está colocada la cruz y que domina el campamento desde unos 30 metros de altura.

Después de la misa, el padre Gil tomó algunas fotografías y bajó hasta la cocina en animada charla con nosotros. Generalmente, era él quien mejor se sentía entre los tres visitantes y, antes de irse nos expresó sus vivos deseos de quedarse con nosotros y su sentimiento de no poder hacerlo, por querer volver junto con sus compañeros de viaje.

Almorzamos y, luego, los visitantes se aprontaron para otra cabalgata de ocho horas, hasta Puente del Inca. Nos despedimos de ellos y los acompañamos con la vista desde una colina, durante un largo rato, hasta que se perdieron entre las quebradas del valle Horcones.

Los visitantes nos dejaron unos diarios mendocinos de aquel mismo sábado en que ellos llegaron. Ha sido seguramente la primera vez que un diario del mismo día llegó a ese lugar. Nosotros nos alegramos con los diarios y nos pusimos a leerlos. Pero ninguno de nosotros llegó a terminar la lectura de un solo artículo. Es que en esas alturas, rodeados de la imponentia de los majestuosos cerros bordeados de blancura nívea, los problemas cotidianos del mundo parecen muy pequeños, muy insignificantes y también muy lejos de

nosotros. Un diario en medio de la sublime majestuosidad de la naturaleza parece casi un sacrilegio o, cuando menos, un objeto sin valor, si no se tiene en cuenta la posibilidad de utilizarlo para prender fuego o envolver algo en él.